

## Estudio de caso en español

### 1.7 De la retórica clásica a la lingüística textual

#### Estudio de caso Nº 1.7

Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*, 1865,  
capítulo XII "La declaración de Alicia" (fragmento).

Traducción de Juan Gutiérrez Gili.

El Rey y la Reina de Corazones han organizado un juicio para saber quién es el culpable del robo de unos pasteles hechos por la Reina un día de verano. El Rey acusa a la Sota de Corazones y convoca a declarar a quienes considera que pueden darle información sobre el caso. El Conejo Blanco actúa como secretario. El jurado está compuesto por doce animales que toman nota de las declaraciones de los testigos. Alicia presencia el juicio y encuentra poco convincentes los interrogatorios y los razonamientos del Rey. Cuando parece que ya se ha reunido toda la información necesaria para dilucidar el misterio, el Conejo Blanco anuncia que acaba de aparecer un nuevo elemento. Se trata de un texto que el Conejo acaba de recoger del suelo. Aunque se habla de una "carta" (el Rey supone que la ha escrito la Sota de Corazones), es difícil identificar tanto al enunciador como al enunciatario de ese texto. Por otra parte la letra no corresponde a la de la Sota de Corazones y el formato del texto no corresponde a una carta sino a un poema.

- Todavía hay más pruebas, Majestad - dijo el Conejo Blanco, saltando con vehemencia. - Acaba de ser recogido del suelo este papel.
- ¿Qué dice? - preguntó la Reina.
- No ha sido abierto todavía - respondió el Conejo Blanco; - mas parece
- 5 una carta dirigida por el inculpado a... yo creo que a alguna persona.
- Así debe ser - observó el Rey, - a menos que no esté dirigida a nadie, cosa fuera de lo normal, ¿comprendes?
- ¿A quién va escrito el sobre? - se le ocurrió preguntar a uno de los jurados.
- 10 - No trae dirección - dijo el Conejo Blanco. - El sobre viene en blanco. - Y desdoblado el papel, dijo: - No se trata de una carta. Es una retahíla de versos.
- ¿Son de puño y letra del prisionero? - preguntó otro jurado.
- No - dijo el Conejo Blanco, - y eso es lo más raro del caso.
- Los jurados estaban perplejos.
- 15 - Es que habrá desfigurado su letra- observó el Rey.
- Todo el jurado se reanimó a estas palabras.
- Por favor, Majestad, que yo no he escrito eso; ni hay quien pueda probarlo: el escrito no trae firma alguna.
- El no haberlo firmado agrava la culpa- aseveró el Rey. - Debes querer
- 20 decir que te distrajiste, pues de lo contrario tenías que firmar como hombre honrado.
- Hubo aplausos unánimes. Era lo primero en verdad interesante que se le había ocurrido a Su Majestad durante la sesión.
- Eso demuestra que es culpable- afirmó la Reina.
- 25 - ¡Eso no prueba nada! - protestó Alicia. - ¡Cómo puede afirmarse eso, cuando ni siquiera se han leído las estrofas!
- Que se lean - ordenó el Rey.
- El Conejo Blanco se caló los lentes.
- ¿Quiere decirme Su Majestad por dónde desea que comience?
- 30 - Comienza al principio, y no pares hasta el final.
- He aquí los versos que leyó el Conejo Blanco:

35 *Me han dicho que fuiste con ella,  
y que de mí te llegó a hablar,  
y aunque a mi humor no le hace mella,  
dijo que yo no sé nadar.*

40 *Él escribió que yo no fui  
(todos sabemos que es verdad).  
¿Di, qué sería, pues, de ti,  
si ella inquiere la realidad?*

45 *Dile uno a ella, y a él le dan dos,  
y tú nos das lo menos tres.  
Mas eran míos todos los  
que te devuelven, como ves.*

50 *Si ella o yo nos vemos un día  
entre madejas de procesos,  
juro que les defendería  
para que no seamos presos.*

55 *Hoy mi opinión es que tú fuiste  
(antes de que ella se enojara)  
el obstáculo que surgiste  
entre ellos, yo y la verdad clara.*

60 *No se entere (él) que (ella) quiso más  
a los otros. Quede esto aquí,  
sin que lo sepan los demás,  
para ti sólo y para mí.*

- Ésta es la prueba más importante que poseemos- dijo el Rey frotándose las manos.

65 - Ahora, pues, que dicten sentencia los jurados...

- Si alguno se siente capaz de explicar esa prueba tan evidente- dijo Alicia, sin miedo ya de interrumpirle, por lo mucho que había crecido en un momento, - yo le doy dos reales. No hay en todo eso ni una palabra que tenga sentido.

70 Todos los jurados se apresuraron a escribir en sus pizarras estas palabras: "No hay en todo ello ni una palabra que tenga sentido"; pero se guardaron muy bien de intentar poner en claro lo que decía aquel papel.

75 - Si no tiene ningún sentido - observó el Rey, - tanto mejor, pues nos ahorra una barbaridad de preocupaciones que nos daría el tener que interpretarlo. Sin embargo, no sé - agregó desarrugando el papel de los versos en la rodilla, y mirándolos con un ojo cerrado, - creo adivinar algún sentido en ellos... *Dijo que yo no sé nadar* - repitió leyendo; y volviéndose al punto a la Sota, hízole esta pregunta:

- ¿De veras no sabes nadar?

La Sota movió la cabeza tristemente y dijo:

80 - ¿Tengo yo aspecto de nadador?

La verdad es que no lo tenía, puesto que se trataba de un naipe de cartón.

- Hasta aquí muy bien- dijo el Rey; y siguió murmurando entre dientes los versos en esta forma:

85 *- Todos sabemos que es verdad. Esto lo dice el jurado, por supuesto. Dile uno a ella, y a él le dan dos. ¡Ya!, eso es lo que debió hacer con los bollos, ¿comprendéis?*

- Pero es que luego dice:- observó Alicia - *Mas eran míos todos los que te devuelven, como ves.*

- ¡Claro, como que están todos ahí! - exclamó el Rey victorioso, señalando a los pasteles que estaban en la mesa. - ¿Queréis nada más claro? Luego dijo: *Antes de que ella se enojara*. - y volviéndose a la Reina le preguntó: - Tú nunca te enojaste, ¿no es eso, querida?
- ¡Nunca! - dijo la Reina con furia, arrojando un tintero a la Lagartija al pronunciar estas palabras. (El desdichado Guillermin se había desengañado de que escribir con la yema del dedo no conducía a nada, y había desistido de ello; pero ahora se puso inmediatamente a escribir mojando el dedo en la tinta que le goteaba por la cara. )
- Resulta, pues - dijo el Rey sonriente y paseando la mirada por la sala, - que estas palabras del verso no tienen relación contigo, y nada prueban.
- 100      Hubo un silencio mortal.
- Se trata de un chiste, de un juego de palabras- añadió el Rey lleno de enojo. Y todo el mundo soltó la carcajada.
- Y por vigésima vez, al menos aquel día, el Rey ordenó:
- Ahora pronuncie el jurado su veredicto.
- 105      - ¡No, no! - clamó la Reina. - Lo primero son las sentencias; el veredicto luego.

**Comentario del fragmento del capítulo XII de  
*Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll.**

La primera parte del fragmento demuestra que el Rey está convencido de que la Sota de Corazones es culpable del robo de las tartas. Nadie sabe qué dice el texto que el Conejo acaba de encontrar, pero el Rey supone que debe tener relación con el asunto que se está tratando. Al suponer esto el Rey está reaccionando en función del principio de coherencia que normalmente rige los intercambios discursivos y que determina que un texto debe adecuarse a la situación de comunicación en la que circula y al conocimiento y la experiencia del mundo compartidos por los que participan en el proceso comunicativo. En el mundo real un texto puede ser o no ser coherente respecto de una situación determinada, pero en el país de la maravillas el Rey decreta que habrá coherencia incluso antes de saber qué dice el texto que el Conejo se dispone a leer. El Rey supone e impone la coherencia de un texto cuya única relación con el asunto que se está investigando es el hecho de estar escrito en un papel que ha sido encontrado en el suelo del lugar donde tiene lugar el juicio.

El Rey infiere que se trata de una carta escrita por la Sota de Corazones y que el tema de esa carta es el robo de los pasteles. Usamos "pasteles", sinónimo de "tartas", porque el traductor elige usar un masculino en la tercera estrofa cuando escribe "eran míos todos los que te devuelven". Es el masculino lo que le permite al Rey inferir que el poema está refiriéndose a los pasteles (que luego también llama "los bollos", con otro masculino).

Cuando el Conejo constata que no hay nada escrito en el sobre donde se encontraba el texto, el Rey responde que no es normal que una carta no se dirija a nadie. Cuando el Conejo le informa que se trata de una carta sino de "una retahíla de versos" (línea 11), el Rey hace caso omiso de ese detalle. Cuando el Conejo agrega que la letra no es la de la Sota de Corazones, el Rey argumenta que la deformación del trazado de las letras es un artilugio clásico para borrar las pruebas de la culpabilidad. Y cuando el Conejo observa que el misterioso texto no está firmado, el Rey encuentra en ello una prueba suplementaria de deshonestidad de la Sota de Corazones y argumenta que toda persona honrada firma lo que escribe.

Alicia, que ha crecido mucho y que entonces ha dejado de tenerles miedo al Rey y a la Reina (mucho más pequeños que ella), se rebela ante esta serie de razonamientos absurdos y observa que el Rey está sacando conclusiones sin siquiera

haber leído el texto. El Rey ordena entonces al Conejo Blanco que proceda a la lectura y le indica que lo haga comenzando por el principio y siguiendo hasta el final, como si ese procedimiento elemental pudiera garantizar el orden y la racionalidad de lo que vendrá.

Si la voluntad de encontrar coherencia (o, como dice Michel Charolles, *pertinencia*) es lo que predomina antes de que el Conejo Blanco lea el misterioso texto, con la lectura del poema lo que pasa a primer plano es la cuestión de la cohesión. Recordemos que la cohesión se define a partir del modo en que un texto se organiza para presentarse como una unidad. Los procedimientos que garantizan la cohesión pueden ser sintácticos, gramaticales, léxicos, fonéticos o gráficos. Gracias a ellos siempre quedan claras la referencia, la progresión temática y la continuidad referencial dentro de un marco espacial, temporal o discursivo. Las diversas formas de la concordancia, la sustitución pronominal y sobre todo la repetición son los mecanismos fundamentales de la cohesión, pero para evitar repeticiones sin perder claridad, el enunciatario puede también utilizar sinónimos e hiperónimos o recurrir a la elipsis.

Aunque la construcción fónica, la métrica y la rítmica den cierta cohesión al poema que lee el Conejo Blanco, es difícil entender qué quiere decir. Desde la primera estrofa se ignora la identidad de la primera y de la segunda persona ("Me han dicho que fuiste"). Tampoco se sabe a quién remite la tercera persona del plural del verbo "han dicho" y la tercera persona del singular del pronombre "ella" en el primer verso. En la segunda estrofa, se ignora quién es "él", quiénes están incluidos en el "*nosotros*" de "todos sabemos" y cómo debe completarse el verbo "ser" cuando el enunciador dice "yo no fui". En la tercera estrofa, es difícil imaginar qué o quiénes son esos "ellos" que "a él le dan dos" o saber de qué o de quién está hablando el enunciador cuando dice "uno", "dos", "tres", "eran míos" o "todos los que". Igualmente enigmáticos son, en la estrofa final, "los otros" cuando leemos "ella quiso más a los otros" (que también podrían ser los otros que "a ella le gustaron más", ya que en inglés se dice "she liked them best"). Y también es difícil saber quiénes son "los demás" que no deben enterarse de las preferencias de "ella".

El texto tiene, a pesar de todo, cierta cohesión, porque aunque falte el eslabón inicial de cada cadena referencial, a primera vista puede suponerse que existe una continuidad desde el principio hasta el final para cada una de las enigmáticas entidades designadas por pronombres personales o por indefinidos y posesivos.

La identificación de la primera y la segunda persona no plantearía ningún problema si se conociera el contexto de enunciación. Pero en el poema que lee el Conejo no hay elementos que definan ese contexto: el texto está escrito en un papel hallado dentro de un sobre que no tiene ninguna inscripción. Lo normal es que el uso de pronombres personales de tercera persona o de posesivos, demostrativos o indefinidos en sustitución de referencias claramente identificables en el contexto o el cotexto garantice la continuidad referencial dentro de un marco espacial, temporal o discursivo. Pero las referencias textuales o situacionales están ausentes al comienzo y tampoco se aclaran dentro del poema. Esto no constituye un problema para el Rey, que está acostumbrado a suponer y a imponer su versión de las palabras y de las cosas. El Rey comienza así a restituir buena parte de la información ausente y logra que el poema acabe por responder, en grandes líneas, al funcionamiento habitual de la lengua y al mecanismo de la demostración que el juicio que se está llevando a cabo requiere. El Rey repone la cohesión y la coherencia ausentes y, al hacerlo, parodia el modo en que estos dos mecanismos habitualmente operan.

Como el Rey piensa desde el comienzo que el autor del poema/carta es la Sota de Corazones, le basta con el argumento del verso "dijo que yo no sé nadar" para dilucidar la identidad de yo que enuncia el texto: tratándose de un naipe de cartón, es obvio que la Sota de Corazones no sabe nadar. El Rey decide también,

autoritariamente, que la primera persona del plural de la segunda estrofa son los miembros del tribunal (para él es evidente que los que conocen la verdad son los miembros de los tribunales) y también decide que el pronombre "ella" de esa misma estrofa remite a la Reina de Corazones. Luego concluye su demostración explicando que en la tercera estrofa todas las referencias enigmáticas ("uno", "dos", "tres", "míos", "todos los que") remiten a los pasteles robados, que de repente están allí, sobre la mesa, ante los ojos de los que asisten al juicio.

Es cierto que hay sustituciones que el lector puede inferir del contexto: puede entenderse, por ejemplo, que "esto" al final del poema remite a lo que se ha dicho sobre las preferencias de "ella" al comienzo de la última estrofa, o que "los demás" son todas las personas que no deben acceder a lo que solo comparten la primera y la segunda persona. Pero sería más difícil explicar la continuidad referencial que normalmente debería existir entre el pronombre "ella" de la segunda estrofa (que el Rey relaciona con la Reina de Corazones) y las otras ocurrencias de "ella" en la primera, tercera, cuarta, quinta y sexta estrofa, pero el Rey no lo hace. Tampoco identifica la referencia de "él" en la segunda estrofa ("El escribió") y en la tercera ("a él le dan dos"), ni la de "los otros" que a ella le gustaron más.

El Rey restituye cierto grado de cohesión y coherencia al enigmático poema leído por el Conejo Blanco en el contexto del juicio por el robo de los pasteles. Sus interpretaciones bastan, en todo caso, para que el texto adquiera un grado de legibilidad aceptable y para que el lector pueda disfrutar de la parodia de los mecanismos habituales de funcionamiento del discurso.

La explicación sobre la contradicción entre la afirmación de la Reina de Corazones de que ella nunca se enoja y el tono furioso que acompaña al gesto violento de arrojar un tintero sobre la Lagartija (que se llama Guillermin -en inglés *little Bill*- y que es miembro del jurado) llegará cuando el Rey presente el argumento de que las palabras de ese verso del poema no le corresponden a la Reina (el original dice "the words don't fit you" y el traductor traduce "estas palabras del verso no tienen relación contigo", línea 98). El Rey insiste en que en este caso las palabras del poema no prueban nada, que solo sirven para hacer un juego de palabras. Resulta gracioso que las únicas palabras del poema que el Rey admite que no corresponden, es decir que no tienen sentido (el verbo que aparece es "fit", que significa "corresponder" o "ser pertinente"), sean aquellas que describen los enojos de la Reina ("to have a fit", en registro informal, significa "enojarse", "tener un ataque de ira"). Esto es gracioso porque se trata de la única referencia del poema que los que viven dentro y fuera del país de las maravillas captan inmediatamente: todos saben, en efecto, que la Reina de Corazones vive enojada.

Podemos pensar que la afirmación sobre palabras que no corresponden ("words that don't fit", línea 98) y que solo sirven para hacer juegos de palabras ("puns", línea 100) es aplicable no solo a este verso, sino a todo el poema leído por el Conejo. También sería aplicable a buena parte del relato de Lewis Carroll. El Rey despliega una serie de disparates para burlarse del funcionamiento del lenguaje y cuestionar, al mismo tiempo, el funcionamiento de la justicia inglesa del siglo XIX, un sistema en el cual, como bien lo muestra el final del fragmento (líneas 104-105), la sentencia precede al veredicto.